

quiete que distraídamente había cogido, y alzó el brazo con airada violencia para arrojarlo á la espaciosa chimenea, donde desde el día anterior ardían dos troncos, enormes; mas el paquete chocó contra uno de los troncos, y saltó fuera de la chimenea, como huyendo del fuego á que lo condenaban.

Salió el comandante, cruzó el comedor, y bajó la escalera. Gil, que lo seguía, lo vió lanzarse á la calle, y, encogiéndose de hombros, volvió á entrar en el comedor; y llenando una copa del dorado ron de la Jamaica, la alzó á la altura de los ojos para admirar la transparencia del líquido que contenía, y antes de vaciarla de un sorbo, dijo:

—Acabo de nacer, y brindo por el resto de mis días.

Se limpió la boca con el revés de la mano, y añadió:

—Esta vida hay que pasarla á tragos.

Dicho esto, avivó el fuego de la chimenea, recogió el paquete que yacía en el suelo, y fué á colocarlo en su sitio; esto es, sobre la mesa que había junto á la cama; después acercó un sillón á la chimenea, se recostó en él indolentemente, y mirando al techo con ojos distraídos, exclamó:

—¡Bah!.... El comandante está loco.... sí.... loco.... loco....

## CAPÍTULO XXIII.

El 20 de Diciembre.

¿Á dónde iba el comandante?

Después que salió del pueblo, entró resueltamente en la alameda que conducía al monasterio.

Marchaba con aire decidido, como si al frente de una columna cargara á la bayoneta, atacando la primera posición del enemigo.

Al través de los pinos que lo circuían levantaba el monasterio sus torres cuadradas, sobre las que brillaba la escarcha, herida por los rayos oblicuos del sol que subía por el horizonte.

Llegó el comandante á la puerta que conducía al claustro, y la halló entreabierta; empujó suavemente, y el postigo se abrió sin resistencia, dejándole ver los pilares y los arcos. Se adelantó hacia una puerta sobre la que, en letras grandes, halló un rótulo que decía: *Celda del sacristán*. Allí se detuvo, y cogiendo el picaporte, lo levantó, abriéndose la puerta.

Indudablemente buscaba al P. Antonio; pero la celda se hallaba tan solitaria como el claustro. Hizo un ademán de impaciencia, y retrocedió hasta la portería, y allí se encontró con una mujer que lle-



vaba un niño en brazos, y que lo miraba con atenta extrañeza.

—Busco al P. Antonio,—dijo, contestando á las miradas de la mujer.

—El P. Antonio (replicó ella) no ha venido aún.

—¡Demonio! (exclamó el comandante.) ¿Pues á dónde ha ido tan temprano?

—Hace muchas noches (contestó la mujer) que no duerme en el monasterio.

—¡Hola!

La mujer no comprendió la malicia que encerraba la exclamación del comandante, y siguió diciendo:

—Al amanecer viene, dice su Misa, se vuelve á ir, y no le vemos el pelo hasta el día siguiente. Hoy aún no ha venido.

—¿Pero vendrá?—preguntó el comandante.

La mujer se encogió de hombros; y viendo que el personaje que tenía delante se mostraba impaciente, añadió:

—Si trae V. alguna limosna para el monasterio, puede V. dejarla. Mi marido es el hortelano, y tengo un hijo ya grande que sabe ayudar á Misa.

La mujer del hortelano debió advertir en el rostro del comandante señales de desconfianza; pues con sencilla naturalidad añadió estas palabras:

—La limosna la puede V. echar en el cepillo que hay en la puerta de la iglesia.

—No se trata de limosnas (dijo): busco al P. Antonio, y quisiera saber en qué cueva de estas cercanías acostumbra á pasar la noche haciendo penitencia.

—Yo creo (advirtió la hortelana) que pasa las noches en el pueblo.

—En la casa de alguna hija de confesión.... ¿no es esto?

—¡Puede! (contestó la mujer sencillamente.) Y tengo para mí que ha de estar enferma, porque el P. Antonio está muy triste.

—Sin duda (añadió el comandante) debe estar enferma, y el P. Antonio querrá recoger sus últimos suspiros.

—Cuando no ha venido ya (dijo la mujer del hortelano), debe estar peor la enferma.

—En ese caso, debemos suponer que hoy cuelga la Misa, y que será inútil esperarle.

Diciendo esto, dió media vuelta, y salió de la portería, dejando á la mujer con la palabra en la boca.

¿Para qué buscaba al P. Antonio?

Hacía algún tiempo que había adquirido la costumbre de pensar en alta voz. Gil lo había sorprendido alguna vez hablando solo.

En la ocasión presente gesticulaba, y sus ademanes daban indicio de la agitación que hervía en su ánimo.

—No hay duda (exclamó al fin, apretando los puños con ira reconcentrada). Mi hermana, Rosalía, Gabriel y el P. Antonio están de acuerdo.... Sí, sí: mi hermana sabe que Gabriel es mi hijo; esto es seguro: supone que le he de dejar una gran parte de mi hacienda, y ha visto en el músico el marido que le conviene á su hija, puesto que yo no doy señal ninguna de aspirar á su mano.... Ahora comprendo la solicitud maternal con que lo recibió desde un principio, cuando, en verdad, debió hacerle muy poca gracia la aparición de este pariente de contrabando. Ahora me explico la asidua amistad que el P. Antonio le profesaba, sin dejarlo ni á sol ni á sombra, constituyéndose en espía de sus acciones, de sus palabras y hasta de sus pensamientos.... En



cuanto á Rosalía, claro está: le han hecho entender que debía ser amable con el ahijado de su tío.

Hablando así apretó el paso, como si esas reflexiones avivaran en él el deseo de llegar antes al pueblo; mas á poco se detuvo, y andando más despacio, siguió diciendo:

—Bien.... pero entonces.... ¿por qué Gabriel obedeció tan dócilmente mis insinuaciones, ausentándose con tanta precipitación y sin despedirse de nadie? Estoy seguro de ello, porque desde aquella mañana Gil no lo perdió de vista por encargo mío. Por la tarde sé que estuvo en el monasterio; pero en el monasterio no estaba el P. Antonio.

Reflexionó un instante, y dándose una gran palmada en la frente, exclamó:

—¡Ah!.... está aquí.... mi hermana lo oculta en su propia casa. Yo mismo lo acompañé á la parada de la diligencia; yo mismo lo vi partir; pero es el caso que pudo arrepentirse en el camino, y pudo volverse en el mismo coche en que se fué. Y si no, ¿cómo no me ha escrito anunciándome su paradero? ¿Cómo renuncia con su silencio á la pensión que le ofrecí al despedirlo?... ¿De qué vive?... ¡Oh! sí.... ha vuelto.

Verdaderamente no era el razonamiento demasiado lógico; pero el comandante debía encontrarlo incontestable, por la fuerza que le daba su insensata malicia. Los ojos de su alma, oscurecidos por la impiedad, no veían nunca la virtud; encontraba en todas las acciones humanas un móvil miserable; la más ligera sospecha de perversidad se convertía inmediatamente á sus ojos en evidencia; en una palabra: participaba por completo de la deplorable credulidad de los incrédulos, y experimentaba cierto odio y placer en encontrar perverso al género humano

No tuvo su corazón que hacerse violencia ninguna para atribuir á su propia hermana la sorda codicia de hacer á su hija dueña de su fortuna. La aparición inesperada de aquel hijo advenedizo destruía naturalmente sus esperanzas de herencia; pero demasiado astuta para dejarse arrebatar el tesoro de su hermano, se había propuesto que Gabriel fuese el instrumento que asegurara la realización de sus ambiciones.

Para el comandante no tenía esto vuelta de hoja, y antes hemos visto que la opinión pública del pueblo se inclinaba también á creer semejantes suposiciones.

Había ido, pues, al monasterio á sondear al padre Antonio, á sorprender en él el secreto de la intriga, y ahora se dirigía á la casa de su hermana, seguro de encontrar á Gabriel oculto en ella.

Los celos encendían su sangre, y formaba en su espíritu agitado y tempestuoso proyectos de venganza; porque aquella traición en que se veía envuelto le daba derecho á todo.

Llegó á la casa de la viuda, cuya puerta encontró abierta; penetró en la sala silenciosamente, andando con las puntas de los pies para evitar todo ruido que pudiera anunciar su presencia.

En la sala no encontró á nadie, y advirtió cierto desorden en los muebles; algunas sillas estaban volcadas, y el polvo había empezado á invadir los pliegues de las cortinas y los marcos de los cuadros, sombreando por algunas partes el yeso mate de las paredes.

Se detuvo, creyendo que acababa de entrar en una casa abandonada, porque además reinaba un silencio sepulcral, sólo interrumpido por las voces y los cantos que salían de las casas contiguas, y



por los trinos de los pájaros que piaban en los aleros de los tejados vecinos.

Un rayo de sol penetraba al través de los cristales empañados, y parecía suspenso y entristecido de aquella soledad y de aquel silencio. La sala, siempre limpia y siempre alegre, de la casa de la viuda, presentaba el aspecto de una jaula cuyo pájaro ha huído.

El comandante apretó los puños y rechinó los dientes, porque la primera idea que le asaltó fué que su hermana, Rosalía y Gabriel, y hasta el P. Antonio, habrían abandonado el pueblo sigilosamente. Sin duda Rosalía había revelado á su madre la escena que referimos en el capítulo XVII, y de común acuerdo habrían apelado al recurso de poner tierra por medio. No acertaba á explicarse de otro modo el singular aspecto que le ofrecía la casa de la viuda, y, al explicárselo de este modo, sentía su corazón despedazado por todas las furias del infierno. El desengaño que experimentaba era tremendo: Rosalía prefería á Gabriel: su propio hijo le robaba el objeto codiciado de aquella pasión solitaria y oculta, contenida hasta entonces por la culpable esperanza de una satisfacción completa. Su misma hermana huía de él....: el P. Antonio se atrevía á ser cómplice de aquel complot que burlaba el deseo más ardiente de su vida. Sus cálculos se desvanecían, y su abominable empresa, tan ciega y tenazmente seguida, fracasaba.

Dió un paso en medio de la habitación con toda la arrogancia de su ira, resuelto aún á disputarle á todas las circunstancias adversas el triunfo de su deseo. Cuantos más obstáculos se le presentaban, más furiosa era el ansia que lo dominaba.

De pronto se llevó las manos á los ojos, como si

hubiera sentido en ellos el sacudimiento de un relámpago, ó como si se le hubiera aparecido una visión aterradora. Había visto oscilar al través de la cortina que cubría la puerta que conducía al dormitorio de su hermana el reflejo de una luz que no era la luz del día. Reparó más atentamente, y advirtió que el dormitorio de su hermana se hallaba iluminado por luces misteriosas, cuyas llamas parecían vagar por la sombra de la cortina.

Un vago terror debió levantarse en el fondo de su alma, pues retrocedió un paso: avergonzado de su propio miedo, se adelantó hasta la puerta, y alzó la cortina.

Lleno de asombro, casi atónito, mudo é inmóvil, permaneció un instante, contemplando el espectáculo que se ofrecía á su vista.

Tenía delante un altar, sobre el que se extendía un dosel, en cuyo fondo se destacaba un crucifijo, y delante de la divina imagen del Redentor del mundo ardían tristemente cuatro velas, sostenidas por cuatro candeleros de cobre.

Debió creer que soñaba, porque, no dando crédito al testimonio de sus ojos, acudió á tocar con sus manos aquel altar inexplicable; pero al acercarse, cayó detrás de él la cortina que había levantado un momento antes, y se detuvo, porque sus ojos se oscurecieron, y las luces del altar se agitaron como si hubieran querido apagarse. Creyó que una sombra se levantaba á su espalda; volvió la cabeza, y vió que era la cortina.

Interiormente quiso reirse de sí mismo; mas no pudo conseguirlo: estaba su imaginación llena de extrañas confusiones. No obstante, dió dos pasos más, y levantó la mano sobre el altar; mas no tuvo tiempo para tocar el paño blanco que lo cubría, porque



un gemido ahogado, profundo, inmenso, resonó allí mismo, junto á él, en su mismo oído.

Con ojos espantados registró la habitación en que se hallaba, en cuyos ángulos las oscilaciones de las luces le hicieron ver sombras movibles que flotaban indecisas sobre las paredes. Hasta entonces no había reparado en una puerta que se hallaba enfrente del altar. Esta puerta estaba abierta, y el comandante detuvo en ella su mirada; mas apenas sus ojos se fijaron, cuando sintió que un sudor frío inundaba sus miembros.

Vió una cama vestida con ropas de immaculada blancura; sostenida por dobles almohadas, se dibujaba, inclinándose sobre el hombro derecho, la cabeza de Rosalía; en su frente pálida y serena se reflejaba la suave luz que iluminaba su semblante; caía sobre sus mejillas la ancha sombra de sus pestañas, y por sus labios entreabiertos vagaba una dulce sonrisa: parecía dormida.

Á uno y á otro lado de la cama distinguió á su hermana y al P. Antonio, ambos de rodillas, con las cabezas inclinadas sobre aquel lecho blanco é inmóvil: la madre oprimía entre sus manos una mano de su hija.

El comandante, arrastrado por una fuerza extraña hacia el cuadro que devoraban sus ojos atónitos, adelantó un pie vacilante, haciendo crujir la estera de junco que cubría el suelo. Entonces oyó un rugido sordo, y vió á César, con el lomo erizado, que le mostraba con rencoroso enojo la doble hilera de sus terribles dientes. Colocado el perro entre los pies de la cama y la puerta por donde asomaba la figura aterrada del comandante, parecía dispuesto á cerrarle el paso.

El P. Antonio levantó la cabeza, y, al través de

las silenciosas lágrimas que cubrían sus ojos, distinguió al hermano de la viuda, y cruzando las manos con ansia fervorosa, elevó al cielo una mirada suplicante.

Al mismo tiempo la viuda lanzó un grito, que debió exhalarse del fondo de sus entrañas desgarradas.

La infeliz madre había visto á su hermano; pero acercó á sus labios la mano de Rosalía, como si de este modo hubiera querido contener dentro de su alma el arrebato de su dolor.

Después se puso de pie, besó la frente de su hija, y dirigiéndose á su hermano, le dijo:

—Acércate.... ya no vive.... acaba de espirar.... Tú la has muerto; mas no temas que te acuse.... porque ha muerto perdonándote.... Sí (añadió, cayendo nuevamente de rodillas); te ha perdonado...., ¡hija de mi alma!, como yo te perdono.

Diciendo esto, ocultó el rostro entre sus manos, y ahogaron su voz los sollozos.

Cuando volvió á levantar la cabeza, el comandante había desaparecido.

Aquella tarde, día 20 de Diciembre, fué conducido al cementerio el cadáver de Rosalía. La enfermedad, cuyos más graves síntomas había ella ocultado cuidadosamente, y acerca de la que había guardado el médico toda la reserva que la enferma deseaba para no afligir á su madre, pasó ignorada para las gentes del pueblo; así es que la noticia de su muerte causó dolor y asombro, y la población entera acudió al entierro. El P. Antonio iba delante del ataúd, llevando la cruz enlutada, y detrás del cadáver iba César lanzando tristes aullidos. Al colocar el cuerpo en la sepultura, el perro se lanzó á la fosa, y lamió las manos de la difunta con ansia



indecible; fué preciso sacarlo de allí á viva fuerza, y el pobre animal aullaba tan desesperadamente, que hizo brotar lágrimas en los ojos de los circunstantes, y sólo las caricias del P. Antonio consiguieron calmarlo; pero cuando vió la sepultura cubierta de tierra, no fué posible contenerlo: comenzó á escarbar con furia, hundiendo el hocico en la tierra que removían sus manos impacientes, lanzando gemidos lastimeros; no eran aullidos, eran sollozos. Nadie se hubiera atrevido á tocarlo en aquel momento, porque de vez en cuando alzaba la cabeza y enseñaba los dientes; pero estaba allí el P. Antonio, que á fuerza de caricias consiguió arrastrarlo fuera del cementerio.

El día 22, el P. Antonio entró en la habitación del comandante, que se paseaba de un extremo á otro de su cuarto, mientras Gil colocaba apresuradamente la ropa de su amo en una maleta de viaje. El comandante lanzó una feroz mirada sobre el padre Antonio; éste bajó los ojos, y tendiendo la mano, le presentó una carta, cuyo sobre estaba ya abierto. Tomóla sin hablar palabra el hermano de la viuda, y leyó en ella lo siguiente:

«MADRID Diciembre 18....

»P. Antonio: Me siento morir; esta es mi eterna despedida; la escribo desde el hospital de la Princesa, donde estoy hace mes y medio. Mi enfermedad es mortal.... la tengo toda en el corazón.... Desde que salí de ahí noté que empezaba á faltarme la vida. Mi vida era Rosalía. ¡Dios mío.... que la haga dichosa mi padrino!....

»En los hospitales no se oculta la muerte á los enfermos, y he oído al médico decir que moriré

mañana. Esta noticia ha reanimado mi espíritu, y me da fuerzas para trazar estos renglones; después confesaré para recibir la divina Eucaristía.... Dios mismo va á venir á buscarme.... ¡Qué inmensa es su misericordia!

»Dos grandes consuelos me animan: muero por Rosalía, y voy á unirme con mi madre. Desde los umbrales de la muerte, ¡qué oscura y qué triste me parece la vida!

»Dejo abierta esta carta para que después que haya exhalado el último suspiro sea cerrada y puesta en el correo. No poseo más que mi pobre *Stradivarius*, que se lo dejo al enfermero que me asiste, como un recuerdo de mi gratitud por la caridad con que me ha consolado.

»P. Antonio, no pido lágrimas; sólo pido oraciones.

»Dios lo quiere.»

Al pie de estos renglones se hallaba la firma, y más abajo, en distinta letra, se leían estas palabras:

«Espiró tranquilamente á las tres de la madrugada de hoy 20 de Diciembre.»

Luego que el comandante acabó de leer esta triste carta, la dobló sin pronunciar palabra, y se la devolvió al P. Antonio, que retrocedió al tomarla, porque la mano del comandante temblaba convulsivamente y el aspecto de su rostro era espantoso.

Aquella noche la viuda tuvo que trasladarse á la casa de su hermano, quien, después de una convulsión horrorosa, había caído en una inmovilidad absoluta, acompañada de una rigidez invencible.

Así permaneció tres días, insensible á los más



poderosos revulsivos; el médico hizo en el cuarto día el último esfuerzo, tan inútil como los demás, y al quinto, encogiéndose de hombros, declaró que estaba muerto. Al conducirlo á la iglesia, donde debía estar depositado veinticuatro horas, los que lo llevaban sintieron que el ataúd se estremecía; levantaron la tapa que cubría el cadáver, y el muerto se sentó en la caja.

Después de este suceso extraordinario, que aterró al pueblo, sobrevino una enfermedad larga y una convalecencia interminable, durante las que no se le oyó pronunciar ni una sola palabra.

Después, conservando siempre su tenebroso silencio, comenzó á sentir una inquietud irresistible que lo empujaba fuera de la casa, y dió principio á sus excursiones solitarias, perdiéndose días enteros en las soledades del campo ó en las asperezas de la sierra. Apenas come, apenas duerme: parece insensible á todo lo que le rodea: no hace más que andar, andar, andar, como el judío errante. Se irrita si Gil intenta seguirlo, y sólo César lo acompaña.

## CAPÍTULO XXIV.

**No hay esperanza.**

He ahí, en la mejor forma que me ha sido posible, el relato fiel de la triste historia que me refirió el capellán del cementerio. Durante el resto de mi viaje no pude apartar de mi imaginación los incidentes y los personajes de esta narración verídica; y desconfiando de la fidelidad de mi memoria, me apresuré á escribirla antes que se disiparan mis recuerdos.

Aún no había trascurrido un año, cuando tuve que hacer un nuevo viaje y pasar por el mismo pueblo. Desde luego concebí el propósito de hacerle una visita al capellán del cementerio: su bondad merecía esta atención de mi parte, y, además, sentía hacia el humilde sacerdote una veneración cariñosa, porque encontraba en sus palabras la sencillez de la verdad y la luz tranquila de la fe, de la esperanza y de la caridad. No sé si es un gran teólogo; pero aseguro que posee, como pocos, las virtudes teologales. En una palabra: hay en su corazón algo que atrae al mío.

Traqueteado por los rudos sacudimientos del co-